


Mireille Gansel, *Traducir como trashumar*, Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2023

Gonzalo Méndez Castañeda

Universidad Complutense de Madrid (España) ✉ 

<https://dx.doi.org/10.5209/ashf.91807>

Es un hecho incontestable que la filosofía demanda un cuidado especial del lenguaje. No nos referimos solo a la precisión terminológica que exige, por supuesto imprescindible, sino a las cuestiones de forma y de estilo que también está obligada a atender y que van más allá de la simple «cortesía» a la que en ocasiones corren el riesgo de ser reducidas. Las ideas se encarnan necesariamente en un discurso al que solo se le insufla vida al imprimirle una cierta cadencia, un cierto ritmo, para lo cual la elección de palabras y de giros puede ser más o menos casual, pero no inocente. Por eso mismo la traducción comporta un desafío tan grato para el ejercicio de la filosofía, pues nos compele a ahondar en el sentido y en la lógica que rigen la confección del propio texto, a pesar de que la tradición se haya resistido a concederle esa importancia al limitarse a concebirla como una devaluación del original. Mientras tanto, la traducción, en su polisemia más amplia, acompaña en silencio cualquier tentativa de abordar una historia de la filosofía o de regresar a las fuentes, dado que ambos gestos invocan un ambicioso esfuerzo de recepción de diferentes contextos lingüísticos y culturales. Esa hospitalidad hermenéutica que presupone la buena lectura y escucha filosófica es justamente la que abriga la tesis de *Traducir como trashumar*, que, aunque fuera publicada hace apenas una década, es considerada ya como una obra de culto, digna de que celebremos por fin su primera edición en español. Y es que, si nos atenemos a la acogida de la que han disfrutado versiones anteriores aparecidas en otras lenguas, creemos que no es nada apresurado afirmar que nos encontramos ante un alimento especialmente nutritivo para la reflexión y la discusión contemporáneas a propósito de la traducción, del que esperamos que se beneficie en buena medida nuestra filosofía, tan ligada, como es sabido, a esta práctica.

Debido a la discreción en la que acostumbra a trabajar su gremio, es fácil comprender que la labor de Mireille Gansel pueda resultar desconocida para el público hispanohablante. La reputación que ha conseguido labrarse en la escena francófona como traductora de poesía del alemán y del vietnamita, que le ha merecido distinciones como el prestigioso Grand Prix Gérard de Nerval, sin embargo,

es lo suficientemente elocuente como para servir de carta de presentación. Gracias a su trabajo han desembarcado en la lengua francesa las voces de Nelly Sachs, Reiner Kunze o Paul Celan, entre otros, así como la primera gran antología de poesía vietnamita, en cuya traducción se involucró precisamente durante la guerra con la voluntad confesa de «oponer a la declaración de McNamara –“vamos a reducir a este país a la edad de piedra”– el testimonio de una cultura plurimilenaria» (p. 77). Su vínculo con esta empresa es síntoma del fuerte compromiso con la libertad de expresión que ha guiado su trayectoria, por el que, por cierto, también ha sido galardonada, que igualmente abarca sus traducciones de poetas perseguidos por el nazismo o de antiguos disidentes de la RDA. Esta preocupación por la palabra ajena es una constante desde su infancia y está íntimamente relacionada con la experiencia del exilio y del desarraigo que marcan su circunstancia familiar. Nuestra autora, nacida en el seno de un matrimonio de refugiados judíos en la Francia de Posguerra, conoce muy pronto el poder del idioma a partir de su contacto con ese alemán familiar, «atravesado por los exilios y llevado de país en país, a lo largo de las generaciones, como se lleva un violín» (p. 26), que sufre un mutismo forzado hasta quedar recogido como la lengua interior de una generación de supervivientes; pero que, al mismo tiempo, demuestra su capacidad de resistir como un «territorio inalienable, que ninguna alambrada de púas, ninguna torre de vigilancia, iban a lograr reducir ni encerrar. Que ninguna barbarie conseguiría entenebrecer» (p. 41). De ahí que su herencia más preciada no sean sino el yidis, el húngaro y el alemán.

En esa intersección de lenguas y de acentos en la que habita, y en la que por lo demás estamos siempre llamados a vivir, Gansel reconoce una vocación ético-política fundamental de la traducción, como una práctica dirigida hacia el «franqueamiento de las fronteras, de los muros, de las alambradas de púas de la tierra y del espíritu» (p. 54). Se trata de una actividad que desborda los límites artificiales y que nos asiste en nuestro encuentro con el otro «como una mano tendida entre costas sin puente» (p. 57). De nuevo, si nos permitimos demorarnos en las metáforas con las que ilustra la misión de la traducción,

podemos escuchar los ecos de unos recuerdos en primera persona. Ese tono de intimidad es el que gobierna un libro en el que son las experiencias concretas de traducción las que iluminan y las que sirven de pretexto para decantar reflexiones más profundas sobre el propio oficio. Por ello le conviene el estilo minimalista que adopta, en el cual suceden los capítulos breves sin mayor pretensión que la de ir trenzando un pensamiento original en torno a la traducción en el que sedimenten las enseñanzas de toda una vida, siguiendo una ordenación que se intuye cronológica, aunque la autora procura no insistir demasiado en esas alusiones con la probable intención de alejarse del género autobiográfico. En todo caso, la decisión de acompañar el tiempo de la narración con el de su maduración personal sugiere positiva en la medida en que consigue arrastrar al lector a apreciar la traducción como una transformación, como «arcilla en la que modelar mi propia lengua interior» (p. 47). De paso esta estrategia de escritura también funciona como un agradecido homenaje a las personas y a las lenguas que han contribuido a forjar el singular itinerario de Gansel.

Ese reconocimiento sincero es una muestra privilegiada de la hospitalidad que cultiva la traducción, en la cual, por definición, opera un gesto que funde lo conocido con lo extraño. La mirada que nos anima a adoptar *Traducir como trashumar* asume ese respeto como la piedra angular de la actitud ante la alteridad: «de pronto me di cuenta de que el extranjero no era el otro sino yo, yo que tengo todo por comprender de él. Esa fue sin duda mi lección de traducción más esencial» (p. 147). Lo cual no significa que se deba incentivar el exotismo. Más bien nos incita a reconocer en la diversidad de culturas los lazos que nos unen bajo «la convicción de que ninguna palabra que hable de lo humano es intraducible» (p. 21). Solo así se entiende que el espíritu de la traducción ampare la responsabilidad de «salvar, transmitir los tesoros de cada pueblo, de cada cultura que, más allá de todas las fronteras, son un bien común a toda la humanidad» (p. 103), como si cada uno de ellos solo fuera un fragmento de la misma vasija rota. Eso es lo que la metáfora que se esconde en el título aspira a reflejar. Tal y como sugiere con mayor claridad Jean-Claude Duclos en el prólogo dispuesto como antesala de la reciente versión española, si el paralelismo se desvela fructuoso es porque «tanto la una como la otra incitan a la búsqueda de la hospitalidad que, conduciendo a la comunicación y al intercambio, abre el camino a la universalidad del mundo» (p. 13). Un horizonte de impronta cosmopolita que la traducción comparte con la poesía y que explica la estrecha hermandad que el ensayo que nos ocupa prescribe entre ambas.

La imagen de la trashumancia, en todo caso, consciente todavía ensancharse para dar cobijo a otro de los ingredientes esenciales de la traducción. Según la concepción de Gansel, las lenguas dibujan los rudimentos ontológicos del mundo de sus hablantes, esto es, cada una de ellas es también una «lengua del espíritu». Esta premisa, que late como motivo impulsor de su obra desde su primer encuentro con la traducción, es la que alienta su paciente trabajo, en el que acostumbra a consultar a los propios autores e incluso a antropólogos o a etnólogos, y es también la que le permite condensar las líneas maestras de su

oficio en la grata tarea de «aprender a escuchar entre líneas el silencio de las fuentes subterráneas en el país interior de un pueblo» (p. 85). Ahora bien, esa labor de zahorí no se reduce al primer contacto con una lengua desconocida, como le sucede a nuestra autora con el vietnamita, sino que es asimismo reclamada cuando la traducción acaece en los márgenes de una lengua familiar. Es la misma voz del texto traducido la que solicita esa deferencia. Ahí residen sus dificultades para traducir la obra poética de Nelly Sachs: «[m]e llevó años poder entrar en ese canto tan doloroso, abordarlo desde la cercanía necesaria para poder siquiera pensar en traducirlo» (p. 115). De modo que la traducción se reivindica como un ejercicio de artesanía, alérgico a los automatismos y a las equivalencias prestablecidas, donde el paso entre lenguas no es disociable de una larga marcha trashumante. En una época en la que asistimos a un auge de la traducción instantánea e impersonal conviene mantener especialmente presente este elogio, que, como es costumbre en este volumen, aparece debidamente respaldado por algunas de las experiencias de Gansel. Quizás la más significativa sea su traducción de «*Sensible Wege*», un célebre poema de Reiner Kunze, debido a los problemas para hallar un acomodo apropiado en francés para el adjetivo del título: «para traducir esa palabra-prisma se necesitaba algo muy distinto de un diccionario, se necesitaba correr el riesgo del encuentro y de la interrogación, de la confrontación con su realidad totalmente diferente. Su realidad que me era extranjera» (pp. 59, 60). Pero, ante todo, lo que nos descubre este episodio es el riesgo y el carácter abierto de toda traducción, a saber, la responsabilidad que porta consigo la firma de quien se embarca en el desafío de traducir. El adjetivo alemán «*sensible*», nada menos que el epicentro de la potencia poética de la pieza, se presta a ser traducido como «frágil» o como «sensible», evocando en cada caso resonancias distintas. Ante esa decisión, parafraseando otro pasaje, la traductora no «interpreta», sino que «se hace intérprete». Así, en apenas una decena de páginas que componen una preciosa crónica acerca de la orfebrería de la buena literatura, se manifiesta la principal virtud de un libro que es capaz de hacernos cómplices de muchas de las cuestiones filosóficas de primer orden en torno a la traducción al mismo tiempo que hace gala de una sencillez excepcional.

Traducir como trashumar, en definitiva, es un ensayo acerca de la traducción escrito por una de las personalidades más autorizadas del panorama actual, que también reclama ser leído desde el nomadismo de disciplinas. La aproximación filosófica encontrará provechosa tanto su faceta especulativa, según la cual la propuesta de Gansel prueba ser un terreno fértil para los problemas teóricos de la traducción, como su vertiente más práctica o ilustrativa, apegada a la casuística, que puede servir como criterio y estímulo para revisar o ensayar la traducción de obras filosóficas. De manera que la autora, al recordar su propia experiencia traductora, consigue romper el extendido prejuicio sobre la esterilidad creativa de la traducción. Por eso no puede quedar sin una mención la excelente labor de traducción acometida por Ariel Dilon, quien en este trabajo se enfrenta al difícil reto de pasear al rebaño de lectores por una pradera en la que se

suceden las reflexiones acerca de su propio oficio al mismo tiempo que lo ejerce. La cortesía de ofrecer versiones castellanas de los fragmentos de todos los poemas en las muchas lenguas que se dan cita en esta obra, y, sobre todo, el arriesgado atrevimiento de traducir las propias traducciones francesas de

Gansel, sobre las que ella misma diserta largamente en su idioma, sin mediar aviso al lector de la presente edición, son algunos de los detalles a valorar. Con ello el traductor español permite que aflore un último problema de traducción que solo enriquece la oferta del original.